



## Manchas en la pared

Ricardo Cabrera  
Julio 24, de 2020

Las alucinaciones empezaron de manera extraña, se había sentido mal toda la tarde y paulatinamente la temperatura comenzó a subirle. Un dolor muy fuerte se apoderó de todas sus articulaciones, sus rodillas se negaban a sostenerlo, se recostó; eso no fue una buena idea, levantarse nuevamente requirió de un doble esfuerzo, el cansancio le cerraba los ojos, si no fuera por las malditas ganas de ir al baño. No había comido nada en todo el día y ahora, la llamada de la naturaleza le obliga a sentarse en la fría taza. Sus pies se movieron lentamente hasta llegar a la puerta del baño, estuvo a punto de caer al apoyarse en ella, había quedado mal cerrada y al recargarse se fue con el impulso.

—¡Maldición! —sentía el dolor concentrarse en el codo, seguramente se lo había lastimado. Deseaba terminar con su visita al retrete y regresar a la comodidad de su cama. Seguramente para el día siguiente estaría mejor, la incertidumbre de haberse enfermado de COVID persistía, tan pronto como tuviera ánimos se lo haría saber a una amiga con la cual hablaba todos los días.

Sentado, sentía correr los escalofríos por todo el cuerpo, parecía perro mojado, temblaba en forma incontrolable, pero continuaba firme en el propósito que lo tenía allí.

Por casualidad sus ojos se toparon con dos puntos oscuros en la pared, eran dos taquetes sin los tornillos, no recordaba para que había hecho esos agujeros, y mucho menos le habían llamado la atención antes. Se encontraban muy juntos,





semejaban dos ojos redondos, como los del robot Wally pensó, eso le divirtió por un momento, mantuvo su mirada fija, las protuberancias, comenzaron a danzar frente a sus ojos.

—¡Cálmate! la fiebre te hace ver cosas que no son —se restregó los ojos, intentó fijar su vista en otro lado o concentrarse en lo que estaba haciendo. Fue inútil sentía que debía fijar su mirada en las pequeñas manchas. Le daba la impresión de que se movían, que eran parte de una figura más compleja, iba tomando una forma extraña a partir de donde había ubicado los ojos.

Ahora, los veía como los prominentes y oscuros ojos de una panzuda araña, se movía con vida propia a lo largo y ancho de la pared blanca. El la seguía, sin poder apartar sus ojos del reluciente bicho negro.



Cuando alcanzó la altura propia para llegar al techo y su cuello ya le dolía de estarla observando, el arácnido saltó en dirección a él.

Ambrose soltó un grito seguido de una maldición, esto era mucho más que una alucinación, cayó al piso helado, con los pantalones a la altura de las rodillas le era difícil incorporarse, gateó en una posición bastante ridícula, pero necesitaba encontrar el bicho que le había saltado. No fue posible, fue tan rápido que no supo donde se habría metido.

Se incorporó como pudo, bajo la palanca y verificó que el inodoro quedara limpio, su visita al baño tendría que prolongarse, no podía regresar a su recámara en las condiciones en las cuales estaba.

Se desnudó por completo, al tiempo que abría las llaves del agua, la lógica le decía que debía bañarse solo con agua fría para bajarse la temperatura, pero sentía que eso sería imposible. Sintió el agua tibia correr a lo largo de todo su cuerpo, la



temperatura del agua le permitió asearse adecuadamente, después de ello, tomo la valiente decisión de dejar correr solo el agua fría. Un grito como si lo atravesaran alfileres lo hizo encogerse hasta una posición que lo reducía a dos tercios del tamaño de su estatura, continuó así, hecho un ovillo, con el agua rebotando sobre su espalda, hasta que considero que era suficiente tormento. antes de salir permitió que las gotas diminutas lavaran su cara, la sensación fue diferente, sentía un alivio tal, que lo prolongó unos instantes más. Cogió una toalla y se enredó con ella, temeroso por encontrarse con algo desagradable, volvió la mirada hacia donde los taquetes se encontraban.

—¡Ahí están! es esta maldita fiebre que me hace ver cosas que no existen —sin embargo, la situación había sido tan real que aun rondaban las imágenes en movimiento.

Caminó descalzo atravesando la sala, llegó hasta la cocina, la sed lo abrasaba, sentía la garganta como seca como un aserradero. Llenó un vaso con agua fresca y la bebió como si en ello le fuera la vida. Al instante sintió el dolor de cólicos provocados por el líquido ingerido, su estómago vacío reclamaba de esa forma, los intestinos se convertían en nudos y se retorcían, se sentó recargado en el refrigerador, bastaron un par de minutos y el dolor lo abandonó.



La fiebre continuaba, no supo cuánto tiempo estuvo sentado en la misma posición, las sombras comenzaron a alargarse, se acercaba la noche, con el cuerpo entumecido se apoyó en sus brazos, estaba bastante débil, la idea de levantarse se detuvo a medio camino. Le pareció ver que algo se movía en la pared, había sido muy rápido, pero definitivamente algo se había movido.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

Era imposible que se tratara de una cucaracha, su departamento, recientemente había sido fumigado. Miró en dirección donde sintió el movimiento, detrás de un trapo de cocina colgado en la pared, le apreció asomar dos negras y relucientes patas. Continuaban ahí, no se movían, era como si se hubieran quedado al amparo de su escondrijo. Tomó una sartén que estaba muy a la mano y golpeó fuertemente donde había visto esconderse al bicho. No, nada, lo único que quedó de su fallido intento, fue una escoriación en el recubrimiento de la pared. Lo tocó con sus dedos, lamentándose por su torpeza, arreglarlo saldría caro. Su mirada continuaba sobre las grietas recientes en la pared. Las vio moverse, tomaban la forma de un alacrán, un enorme alacrán, lo vio “despegarse” de su lugar de creación y dirigirse hacia el trapo que seguía colgando. Retrocedió espantado, esto ya no podía ser motivo de alucinaciones, se veía tan reales.

Hasta ese momento, no había considerado nunca las grietas o manchas de las paredes, pero ahora le parecía que eran muchas, y al parecer cada una deseaba contar una historia, de esta forma, vio convertirse una mancha de grasa, en una cara grotesca y amenazadora, aunque era pequeña, pronto se sumaron a ella nuevas imágenes que cobraban vida. Por donde quiera que se desplazara en su departamento, ocurría exactamente lo mismo. Le parecía que estaba llegando al colmo de su lucidez, sus dolores pasaron a un segundo plano, deseaba desaparecer del lugar y ponerse a resguardo de las imágenes amenazadoras y acechantes.

Se refugió en su habitación, se vistió tan de prisa como pudo, lanzó su cinturón sobre la cama, se ajustó la camisa, y al querer tomar la correa, la vio claramente como reptaba sobre su colchón, llegó hasta la mitad de este y enroscándose en una agresiva actitud comenzó a sisear. La vio levantarse y en posición de atacar.

La fiebre había aumentado considerablemente, sentía que su cuerpo ardía, y al mismo tiempo tenía frío, los bichos se multiplicaban, todos parecían querer una parte de él. Su negra amiga de ocho patas cayó sobre su hombro. Esta vez, la pudo



contemplar perfectamente, el octópodo levantaba las dos patas delanteras y sus colmillos brillantes quedaban expuestos. Largó un manotazo intentando deshacerse de ella, no sabía si lo había conseguido.

Se tiró literalmente hacia la puerta de su habitación, intentó abrirla desesperadamente sin conseguirlo, por alguna extraña razón se había atascado. Su habitación se había convertido en una convención de bichos aterradores que viajaban por las paredes como si fueran las vías de una ciudad, largos y aterradores ciempiés, negros escorpiones salidos de rendijas que antes no estaban ahí, pero la araña, la que había iniciado el presente carrusel de terror, no se apreciaba por ningún lado.

Se le ocurrió apagar la luz y después recluirse en el interior del armario, cerró ambas puertas, escuchaba en el interior los ruidos que producían las patas diminutas, los crics y los cracs, podía sentir como intentaban encontrar un resquicio para poder entrar y hacerle compañía.

Fue una noche interminable de delirios tan vívidos que sería imposible olvidarlos.

El nuevo día llegó, su cuarto seguía en penumbras, era el único en el departamento que no poseía una ventana, por lo bajo de la puerta se podía apreciar una incipiente luz que deseaba invadir el espacio oscuro. Ambrose ya no escuchaba los ruidos en el exterior, el silencio era abrumador, y la oscuridad en su improvisado escondite aún más. Abrió las puertas, se sentía entumido, toda la noche había sido un suplicio y suponía, que ahora, con la luz del día cada pequeño monstruo había regresado al infierno al cual pertenecían.

Decidido a no quedarse un solo día más en solitario, se colocó un saco, se calzó los zapatos, sin calcetines —no solía usarlos— abrió todas las ventanas del departamento y la luz inundó el recinto, era como si purificara cada rincón donde golpeaban los rayos del sol. La fiebre había cedido, no del todo, pero si lo suficiente



como para sentirse bastante mejor, los dolores lo habían abandonado, excepto por las piernas, aun entumida por la incómoda posición que mantuvo durante la noche.

Abrió la puerta que daba al pasillo del edificio en el cual vivía, miró la estancia vacía, no podía apreciar nada que dijera que había sido escenario de una noche de terror, se prometió mandar una cuadrilla de trabajadores para que restañaran las paredes, una limpieza a fondo y por supuesto, pintura nueva.

El baño no se escaparía, cambiarían las losetas, incluso, hasta el inodoro, todo eso le causaba una aversión tal, que le sería imposible regresar si veía los mismos muebles de baño, mientras tanto, se alojaría en un hotel, un lugar donde la gente, aunque fuera con cubre bocas y evitando el contacto, fuera visible.

Se repetía una y mil veces que lo recientemente sucedido era producto de la imaginación afebrada de su reciente condición. Ni siquiera podía descartar si estaba realmente enfermo o no y mucho menos saber si era portador del virus de moda. Como primera parada se haría revisar y después el departamento esperaría inútilmente su regreso. Eso no ocurriría.

Se dispuso a salir con esta nueva determinación, tomó el saco por las hombreras para acomodarlo, rectificó el cuello del saco. Ambrose, no pudo ver dos pequeñas patas negras que sobresalían y que de inmediato buscaron el abrigo de la oscuridad en la parte interior de la prenda. Era evidente que no le gustaba el sol.

Camino por el pasillo hasta los elevadores. En el interior de su departamento, el ruido persistente de una gota cayendo de una llave mal cerrada se escuchaba, era en el baño donde todo comenzó, se veía un tanto desordenado, pero sobre la pared, las perforaciones de los taquetes que dispararan los miedos internos de Ambrose no se percibían por ningún lado.

¿Y tú, has visto las manchas de tu pared? ¿Cuántas veces le has encontrado forma caprichosa a alguna en particular? En la soledad de tu habitación, mientras duermes, cuando te abandonas al sueño y quedas por completo expuesto ¿Has



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

despertado creyendo que alguien o algo te observa? Te has preguntado alguna vez  
¿Realmente estás solo? Piénsalo la próxima vez cuando veas una forma extraña de  
mancha en la pared. 